

PEÑALVER. Explicáte.

CHINCHILLA. Casualmente acabo de saber que ese Molina, el diputado por Illescas, ha muerto esta noche pasada. ¡Qué suerte tienes, hombre, qué suerte!

PEÑALVER. ¿Con que al fin triunfaron los médicos?

CHINCHILLA. Si: el pobre señor...

PEÑALVER. Es una pérdida muy sensible... para él sobre todo.

CHINCHILLA. ¿Y no saben ustedes? Es seguro que se vá á declarar la guerra á los marroques. Si no fuera por mi mujer y por mis cuatro hijos, y por tu candidatura...

EL LACAYO. Los señores marqueses de Rio Janeiro. (Desde la puerta del foro.)

ENRIQUETA. ¡Oh! (Levantándose rápidamente y ahogando un grito que se le iba á escapar.)

CECILIA. ¿Qué es eso? ¿Tienes algo, mamá? (Acercándose á ella. Peñalver observa á Enriqueta.)

ENRIQUETA. No, nada, hija mia.

PEÑALVER. Que pasen á la sala. (Al lacayo, que se vá.)

ENRIQUETA. ¡Dios mio, ten piedad de mí, tenla de él!

PEÑALLER. Es preciso que te vayas á Illescas mañana mismo.

CHINCHILLA. ¡Me iré: te haré diputado, te haré ministro!

GARCIA. (Él en esta casa!) (Habrá permanecido cerca de la mesa abstraído en profunda meditacion.)

CECILIA. (¡Él tan cerca de mí!...) (Habrá permanecido á la izquierda pensativa.)

PEÑALVER. ¿Vamos? (Á Enriqueta en tono afable y mirándola con severidad.)

ENRIQUETA. Si, vamos. (¡Por mis hijos!) (Dirigéense hácia el foro Peñalver y Enriqueta'y detrás de ellos Chinchilla. Garcia y Cecilia permanecen en la escena.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el primero.

ESCENA PRIMERA.

PEÑALVER y ENRIQUETA.

Peñalver sentado cerca del bufete escribiendo cartas: Enriqueta de pie enfrente de Peñalver.

ENRIQUETA. ¿No me oyes?

PEÑALVER. Si: te oigo perfectamente. Continúa. (Sin dejar de escribir.)

ENRIQUETA. Pues ya lo sabes: tu hija está enamorada.

PEÑALVER. Un capricho fugaz.

ENRIQUETA. No conoces bien á Cecilia. Los jóvenes mas ilustres y mas ricos de Madrid en vano han suspirado por ella. Al fijarse en un hombre pobre y oscuro, dá señal evidente de la verdad de su cariño. Y no lo dudas: Cecilia es de esa raza de nobles mujeres que aman solo una vez.

PEÑALVER. ¿Y él?

ENRIQUETA. Él está ciego, loco.

PEÑALVER. Se habrá declarado.

ENRIQUETA. No conoces tampoco á Vidal. Antes procura con empeño evitar las ocasiones de ver á Cecilia, y sobre todo las de estar á solas con ella. Díjome ayer que

BIBLIOTECA ALFONSIANA

pensaba irse de Madrid y que no osaba manifestártelo. Ya comprenderás por qué se quiere ir. ¿Ves qué proceder tan hidalgo y generoso?

PEÑALVER. ¡Oh, si, muy hidalgo, muy generoso! Está visto: el ser que se llama inteligente es un loco de atar.

ENRIQUETA. Siempre á tí ha de moverte á risa lo que merece admiracion. Pero dí: ¿apruebas estos amores? ¿Consentirás en que tu hija se case con Vidal? (Con vivo interés y animada de esperanza.)

PEÑALVER. No digo que no.

ENRIQUETA. ¿De veras? ¡Qué alegría!

PEÑALVER. Tampoco digo que sí.

ENRIQUETA. ¿No tiene ese jóven mucho talento? ¿No es un modelo de honradez y virtud?

PEÑALVER. Bien, sí: veremos.

ENRIQUETA. Considera que urge tomar una resolucion. Permitir que se vean y que eche raíces su cariño, no seria prudente si luego les ha de estar vedado quererse.

PEÑALVER. Tienes razon: pensaré en ello.

ENRIQUETA. Haz feliz á mi hija, y ¿qué mas? te perdono.

PEÑALVER. Eres incorregible.

ESCENA II.

DICHOS y RICARDO.

RICARDO. Dí, papá: ¿se alquiló ya el cuarto segundo?

PEÑALVER. ¿Por qué lo preguntas?

RICARDO. Porque ahora están subiendo muebles.

PEÑALVER. Si: ya se alquiló.

ENRIQUETA. ¿Quién viene á ocuparle?

PEÑALVER. Sé que anoche volviste á jugar. (Como para excusar el dar contestacion á Enriqueta.)

RICARDO. Pero no perdí. La vida del hombre malo, ya lo sabes, es juega y pierde. Con que ahora no reza conmigo.

ENRIQUETA. Hijo, por Dios: procura enmendarte. ¿Por qué no tomas ejemplo del señor Vidal?

RICARDO. Pero, mamá, si yo no tengo vocacion de cartujo.

EL LACAYO. El señor Chinchilla. (Anunciándole desde la puerta del foro.)

PEÑALVER. ¡Chinchilla en Madrid! Dejadme. Tendremos que

hablar.

RICARDO. En cuanto seas diputado has de pedir para mí la gran cruz de Carlos tercero. (Váanse Enriqueta y Ricardo por la izquierda.)

ESCENA III.

PEÑALVER y CHINCHILLA.

PEÑALVER. ¿Qué hay? ¿Á qué vienes? Nada bueno anuncia tu cara. ¿Me quedará compuesto y sin novia?

CHINCHILLA. No, eso no: pero tu adversario, el candidato ministerial, es el mismo demonio. Para conseguir el triunfo, no hay arma que no le parezca buena; y con la que ahora ha empezado á esgrimir, puede darnos un suso, si no se le sale al paso inmediatamente.

PEÑALVER. ¿Qué arma es esa? Explicáte.

CHINCHILLA. Una calumnia, clara, evidente, pero tan bien urdida... presentada á tan buena luz... Ya sabes que Heredia, tu rival, es de Cádiz.

PEÑALVER. Si. ¿Y qué?

CHINCHILLA. Que él y sus amigos hacen correr infames hablillas acerca del origen de tus riquezas. Háblase de la quiebra de tu socio Vidal, suponiendo que tú contribuiste á ella con miras interesadas. Ignorante de las circunstancias de tu vida en aquella época, vengo á que me informes de todo para poder dar á tales voces una respuesta categórica.

PEÑALVER. Ay amigo querido, no es nueva esa calumnia. Bien comprenderás que nadie logra tener millones sin que las serpientes de la envidia se vuelvan contra él. En pocas palabras te convenceré de que el origen de mis riquezas es puro y legítimo. Asociéme con Vidal, en efecto, para beneficiar una mina de oro en el Brasil. Envióse allá un ingeniero de los mas reputados, y cuando ya se habian hecho gastos enormes, salimos con que en la dichosa mina se encerraba la misma cantidad de oro que en tus bolsillos, el dia que por vez primera nos vimos aquí. Yo me retiré de la sociedad. Vidal, con obstinacion que rayaba en locura, se empeñó en seguir adelante y acabó al fin por arruinarse. Mira si todo ello no está mas claro

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

que la luz.

CHINCHILLA. Si, al parecer... Pero yo no entiendo jota de negocios, y tus enemigos dicen que despues de muerto Vidal recobraste la mina, y que te has enriquecido con ella.

PEÑALVER. Pues dicen la verdad. No habia tal mina de oro, ya lo has oido: la mina era de cobre. Algun tiempo despues cuando no la queria nadie, tuve la suerte de descubrirlo, y entonces solicité y obtuve su concesion. ¿Hay en esto algo malo?

CHINCHILLA. No, nada. Y sin embargo, vé tú ahora á explicar todas esas menudencias á los electores, á gentes de cortos alcances, en cuya imaginacion ha hecho presa una calumnia sencillamente formulada. Recuerda el dicho vulgar: calumnia, que algo queda.

PEÑALVER. Pero tú, querido, puedes hacer uso de un argumento que hablará tambien á su imaginacion. Fernando Vidal habita en mi propia casa y es mi abogado y mi íntimo amigo. ¡Qué diablos! No aceptaria ese jóven favores de mi mano, si yo hubiese contribuido á la ruina de su padre.

CHINCHILLA. Eso, con efecto, ya es algo... algo, pero no lo bastante.

PEÑALVER. ¿Mas quieres? Pues bien, la calumnia será contestada de un modo que no deje lugar á la réplica: dirás que el hijo del hombre á quien se supone que yo aruiné, vá á ser esposo de mi hija. Si te parece conveniente, el mismo Fernando Vidal en persona se lo participará á los electores.

CHINCHILLA. Pero ¿qué, eso es verdad? (Con alegría.)

PEÑALVER. La union puede verificarse dentro de breves dias, con solo que yo lo quiera así, y yo así lo quiero. Mi intencion era casarlos. Lo mismo dá que se casen un poco antes que un poco despues. No habrás dejado de notar que esos chicos se miran con buenos ojos.

CHINCHILLA. ¡Vaya si lo he notado! ¡Y por cierto que este negocio me daba mala espina! Deliro por los dos, y, en paz sea dicho, no creia que tú permitieras este enlace.

PEÑALVER. ¿Por qué no? Vidal carece de bienes de fortuna, pero es un mozo de pro vecho. Quiere á Cecilia, Cecilia le

quiere á él. ¿Pues habia yo de oponerme á su felicidad?

CHINCHILLA. ¡Bravo, Antonio, bravo y mil veces bravo! (Estrechándole las dos manos con efusion.) Esa manera de pensar te honra. Esos sentimientos son propios de un buen corazon, de un corazon honrado, noble, generoso... Y luego dirán... Porque se los comé la envidia... ¡Picaros!... ¡Bellacos!... ¡Tunantes!... ¡Qué mal te conocen!...

PEÑALVER. Vuélvete á Illescas y haz cundir la noticia.

CHINCHILLA. ¡Y toma si la haré cundir! De puerta en puerta gritaré: Fernando Vidal vá á casarse con la hija de mi candidato. Mi candidato es un hombre de bien, y el que diga lo contrario miente y remiente! Y á fé que si llegan á hinchárseme las narices, pudiera yo hacer en Illescas una de las mias! ¡Pues si ahora con la guerra de África estoy que se me bailan los pies, y no veo el instante de armar un poco de bullanga!

PEÑALVER. Nada de eso: al contrario: mucho juicio, mucha prudencia. Mañana probablemente te enviaré á Vidal para que esa noticia quede bien confirmada. Yo hago pronto las cosas. Cecilia vendrá ahora á traerme el consabido ramito de violetas, y ahora mismo... ¿No dije? Aquí la tienes.

ESCENA IV.

DICHOS y CECILIA.

Sale por la izquierda con un ramito de violetas en la mano.

PEÑALVER. Muy buenos dias, señorita.

CECILIA. Buenos dias, papá. (Abrazándole y dándole el ramo, que Peñalver coloca en el vaso que hay encima de la mesa.) Hola, señor Chinchilla. (Corriendo hácia Chinchilla y dándole la mano con mucha afabilidad.) ¿Usted en Madrid? ¿Cómo vá?

CHINCHILLA. ¡Vá bien... muy bien... no puede ir mejor! (Con mucho calor.) Y cuando vea usted al amigo Vidal...;

CECILIA. ¿Á Vidal?

CHINCHILLA. Dígale usted... ¡dígale usted que me alegro con toda el alma! (Con énfasis.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AÑO 1933 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA ALFONSO REYES

CECILIA. ¡Que se alegra usted! ¿De qué? (Con extrañeza y acercándose mas á Chinchilla.)
 CHINCHILLA. ¿De qué?... Pues... De que esté bueno. (Sin saber qué decir.) Adios, niña de mis ojos. (Estrechándole la mano con íntima alegría.) Adios tú. Me vuelvo á la ínsula. ¡Ahora sí que respondo de la victoria! (Váse precipitadamente por el foro.)

ESCENA V.

PEÑALVER y CECILIA.

CECILIA. ¿Qué le pasa?
 PEÑALVER. Que está muy alegre porque el asunto de mi eleccion camina viento en popa. Cecilia, es preciso que los dos hablemos un poquito de cosa muy seria. Tengo que participarte una resolucion, acerca de la cual, escúchalo bien, no admito réplica. Sabes que no gusto de que se me replique en nada.
 CECILIA. ¿Me asustas!
 PEÑALVER. He resuelto casarte.
 CECILIA. ¡Ay, papá! (Con espanto y retrocediendo.)
 PEÑALVER. ¡Cuidado conmigo!
 CECILIA. ¡Pero, papá!... (Temblando de un modo visible.)
 PEÑALVER. Aguarda. (Hace sonar el timbre.) Si está en su casa el señor Vidal, que tenga la bondad de subir. (Al lacayo, que se presenta en la puerta del foro, y el cual se vá en cuanto recibe la órden de Peñalver.)
 CECILIA. ¿Pues qué, papita mio?... (Manifestando encontrados afectos de duda y esperanza.)
 PEÑALVER. Antes ¡papá! y ahora papita mio, ¿eh? (Remedando á Cecilia.)
 CECILIA. ¿De veras?... ¿Debo creerlo?... ¿Con él?... ¿Es con él?...
 PEÑALVER. Ó un convento: ¡elige!
 CECILIA. ¡Ay, papá de mi vida! ¡Ay, Dios de mi alma! (Reclina la cabeza en el pecho de Peñalver y llora.)
 PEÑALVER. ¡Hija infeliz! (Con énfasis cómico.) ¡Cómo llora de pena!
 CECILIA. No... si no es de pena... (Alzando un poco la cabeza para mirar á su padre y sonriéndose.)
 PEÑALVER. Le quieres, ¿verdad?
 CECILIA. Mas de lo que se puede explicar con palabras. ¡Me

habías dado un susto! ¡Y si vieras qué malos ratos he pasado figurándome si no lo llevarias á bien! Decia yo para mis adentros: ¡Este papá mio debe estar ciego y tonto! Perdona, pero ciego y tonto decia. ¿Cómo no vé lo que pasa? ¿Cómo no trata de ponerle remedio? Y á veces, irritada de que no se me defendiese contra mí misma, sentia tentaciones de ponerme á gritar: ¡Eh, papá, despierta, abre los ojos, apártale de mí: apártale de mí en seguidita, si no quieres que le ame con frenesí y que le dé todo mi corazón! ¡Pero qué! Ya era tarde: mi corazón era ya suyo: conocia que sin él me hubiera faltado el aire, la luz. ¡Gracias á Dios, gracias á tí, por fin aliento y soy dichosa; pero no así como se quiere, sino muy dichosa... muy dichosa!... ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea mi padre! (Echándole á Peñalver los brazos al cuello y mirándole con zalameria.)
 PEÑALVER. Pues, señor, bien: te casarás. Solo pongo una condicion.
 CECILIA. Admitida.
 PEÑALVER. Por motivos que no hay para qué explicarte, el casamiento se celebrará sin ostentacion ni ruido fuera de Madrid y de España quizá.
 CECILIA. Cáseme yo con él y aunque sea en Pekin.
 PEÑALVER. Pero, ahora caigo... ¡Se me ocurre una dificultad!...
 CECILIA. ¡Una dificultad! (Asustada.) No señor: no hay dificultad que valga.
 PEÑALVER. No sabemos si tu madre será gustosa...
 CECILIA. Muy gustosa. De fijo.
 PEÑALVER. ¡Pues esta es mas negra!
 CECILIA. ¿Qué se te ocurre ahora? (Con despecho.)
 PEÑALVER. Que tampoco sabemos si querrá el novio.
 CECILIA. Mira: á mí se me figura que sí querrá. (Bajando los ojos y con infantil malicia.)
 PEÑALVER. Mira: á mí tambien se me figura lo mismo. Pero esto vá á ser el mundo al revés. ¿Te ha dicho algo?
 CECILIA. Ni esto. La boca muy cerrada, y con los ojos muy hablador.
 PEÑALVER. Ni de su discrecion y comedimiento hay que esperar que se declare. De modo que en vez de ser él quien te pida, habré yo de ser quien te ofrezca, y esto, como ves, no estaría muy en el órden.

BIBLIOTECA ALFONSIANA

CECILIA. Si tú quisieras que yo le animase un poco. (Con timidez.)

PEÑALVER. ¡Te halaga la idea de ser quien primero le dé á entender su desventura!

CECILIA. Si, porque si no me engaño, se vá á llevar el pobre un susto... muy agradable.

PEÑALVER. ¡Pobrecillo! Pues corriente: quedas autorizada para hacerle comprender así, de cierto modo, que si se dignase pedirme tu mano, yo se la daría tal vez. ¿Oyes? (Mirando hácia el foro.) ¡Ahí viene la víctima!

CECILIA. ¡Ay qué miedo me dá!

PEÑALVER. Voy al escritorio. Si me busca el señor Garcia, que ya le avisaré cuando pueda verle.

CECILIA. Si... bueno...

PEÑALVER. ¿Tiemblas?

CECILIA. Como una azogada.

PEÑALVER. ¡Hay trances muy amargos en esta vida! ¿Qué remedio? Valor. (Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

CECILIA y FERNANDO.

CECILIA. ¡Pero qué miedo tan horrible!

FERNANDO. Perdona, usted, señorita... Su señor padre me ha enviado á llamar... (Dirigiéndose hácia la derecha.)

CECILIA. Ha tenido que ir al escritorio. Por encargo suyo ruego á usted que se sirva esperarle. Siéntese usted.

FERNANDO. Gracias, señorita. (Pausa. Los dos se quedan sin saber qué decir.) ¿Ha descansado su mamá de usted?

CECILIA. Si, señor; ha descansado. (Muy turbada y como buscando medio de explicarse.) ¡Y qué bien estuvo el baile de la señora de Quintana!

FERNANDO. ¡Oh, muy bien! (Otra breve pausa.) Aquella galería es preciosa. (Como encontrando qué decir.) Tantas flores y tantas luces producian un efecto admirable.

CECILIA. ¿Verdad que sí? Tantas luces y tantas flores... (¡Caramba, qué difícil es esto!) (Otra breve pausa.)

FERNANDO. Ya hace tres años que enviudó la señora de Quintana, ¿verdad?

CECILIA. Si, ya hace tres años que enviudó la señora de... (¡Vaya si es difícil!) ¡Tiene usted en ella una amiga

que ya!

FERNANDO. ¿Si?

CECILIA. ¡Oh! le quiere á usted mucho. ¿No lo sabia usted?

FERNANDO. No. ¡Es tan amable!

CECILIA. Anoche decia de usted cosas que no me atrevo á repetir, temiendo ofender su modestia. Solo le encuentra á usted una falta.

FERNANDO. ¿Una sola?

CECILIA. Dice... que es usted... algo tímido. Algo tímido. ¿Oye usted?

FERNANDO. ¿Tímido? No. Soy distraido .. nada comunicativo, por lo regular... ¡Como no siempre ha sido mi vida tan dichosa!

CECILIA. Pues nada: ella dice que es usted... muy tímido. Por lo demas, le tributó las mayores alabanzas del mundo. Segun nos dijo, no hay virtud ni perfeccion de que usted carezca, y por usted seria capaz, á tener algunos años menos, de faltar á su propósito de no contraer segundas nupcias. Solo que, añadió, es tan tímido, que me veria obligada á ofrecerle mi mano, porque lo que es él no me la pediria nunca.

FERNANDO. De fijo que no. (Sonriéndose.)

CECILIA. Ya... sí... Pero como en el mundo hay otras mujeres que no son viejas... (Un poco enfadada.) Créalo usted: esa timidez le hace poco favor. Usted me perdonará que le diga cosas tan fuertes.

FERNANDO. Se lo agradezco á usted mucho, por el contrario. Pero, la verdad, eso de que yo soy tímido...

CECILIA. Pues ea, sí señor; lo es usted. (Sofocada y sin poderse contener.) Digo... quiero decir que no se distingue usted por la osadia, por el arrojo... (Reprimiéndose y dando vueltas en derredor del bufete, como para buscar ó arreglar algo.) Un poco de audacia sienta bien en los hombres .. Nosotras no estamos obligadas á tener audacia. Y mire usted: á veces somos muy atrevidas... ¡Ay, y tanto! Pero lo que es usted... Tambien cree lo mismo papá... Conoce su mérito, eso sí; pero reprueba una delicadeza tan exquisita... una circunspeccion tan exagerada... Todo extremo es vicioso... dice papá. Usted no le pide nada... y él quizá le daría á usted... mucho.

FERNANDO. ¡Señorita!... (Dudoso y turbado.)

BIBLIOTECA ALFONSIANA

CECILIA. Mucho... ¡Caballero!... (Saludándole con gravedad y retirándose poco á poco.) Mucho. (¡Qué angustia!) (Respirando como para reponerse del esfuerzo que acaba de hacer.) (Si no lo entiende, que se vaya á paseo.) (Váse por la izquierda.)

ESCENA VII.

FERNANDO.

¿Qué ha querido darme á entender? No me hubiera hablado así á no tener licencia para ello. Cá, no. ¡Es tan candorosa... tan inocente!... Alguna frase benévola de su padre puede haberle hecho creer... Quizá á fuer de generoso olvidaría el señor Peñalver que soy pobre. ¿Cómo ha de olvidar que soy hijo de un comerciante fallido, y que mi nombre está cubierto de ignominia. Con todo... Cecilia ha insistido de una manera... estaba tan conmovida... tan alegre y turbada á la vez... Su padre quiere verme... Dios mío, ¿vas á compensar en un solo día las amarguras de tantos años? ¡Espanta una felicidad así! Quizá no pudiera yo soportarla.

ESCENA VIII.

FERNANDO y GARCIA.

Sale por la misma puerta por donde se fué antes Cecilia.

GARCIA. ¿Es cierto lo que la señorita Cecilia me acaba de decir? (Con ansiedad, viniendo hácia Fernando precipitadamente.)

FERNANDO. ¿Qué?

GARCIA. Que vá á casarse con usted: que su padre consiente en ello?

FERNANDO. ¿Eso ha dicho? ¡Con que era verdad! (Con júbilo.)

GARCIA. ¿La ama usted?

FERNANDO. Mas qué á mi vida.

GARCIA. ¡Harto lo conocia yo!

FERNANDO. ¡El corazón no me cabe en el pecho!

GARCIA. Á usted y á ella los he visto nacer; y sin embargo...

no hay remedio. Fernando Vidal, usted no puede ser esposo de Cecilia Peñalver.

FERNANDO. ¿Qué?... ¡Cómo!... No entiendo... (Con asombro.)

GARCIA. Desde que le hallé á usted aquí, todos los días he querido romper un silencio que es ya delito. Pero tuve únicamente valor para decirle á usted que servi á su padre mucho tiempo y que puedo jurar que su quiebra fué desdicha y no culpa.

FERNANDO. Y yo así lo creía antes que usted me lo dijera. Maldigan otros su memoria: ¡yo la respeto y la bendigo! En todo caso la hubiera bendecido también. ¡Fué mi padre! ¡Fué tan desdichado!

GARCIA. ¡Oh, muy desdichado! Un día me mandó llevarle á usted á casa de su tía. Era usted una criatura y sin saber por qué lloraba, ¡lloraba tanto! Al volver, hallé al infeliz en la antesala; estaba esperándome. ¿Y mi hijo? preguntó. Con su tía, le respondí. Se entró en su cuarto, y un momento después... ¡Ah, qué horror! (Llevándose las manos á la cabeza con expresion de espanto.) ¡Aun me parece estarle viendo!

FERNANDO. ¡Padre! ¡Padre mío! (Llorando.) Pero eso ¿qué relacion guarda con mis amores?

GARCIA. No le veia á usted... ignoraba su paradero... Aun viéndole, aun teniéndole tan cerca, he dudado... he retrocedido ante los dolores que iba á causar. Hoy ya no dudo: hoy el cielo quiere que hable.

FERNANDO. Acabe usted. ¿No comprende que debo estar pasando un tormento horroroso?

GARCIA. Su padre de usted era inocente.

FERNANDO. ¡Oh, qué rayo de luz! ¿Tiene usted pruebas de su inocencia?

GARCIA. Le engañaron, le vendieron inicuaamente.

FERNANDO. ¿Quién le engañó?

GARCIA. ¡Un malvado que sobre aquella tumba sangrienta levantó el alcázar de su fortuna.

FERNANDO. ¿Y quién es ese malvado, quién es?

GARCIA. Harto lo adivina usted... Á gritos se lo está diciendo su corazón.

FERNANDO. Yo no adivino nada: mi corazón nada me dice. Hable usted.

GARCIA. No quiere usted adivinarlo. Al lado de ese hombre, hay seres inocentes y puros, á quien usted ama y

BIBLIOTECA ALFONSO X

respeto: á quien yo respeto y amo tambien.
FERNANDO. Hable us ted pronto. ¿Quién engañó á mi padre?
GARCIA. El autor de la ruina de su padre de usted es el dueño de la casa en que estamos.
FERNANDO. ¡Oh! (Dando un grito terrible.) Las pruebas.
GARCIA. Serénese usted.
FERNANDO. Las pruebas, antes que pierda la razon.
GARCIA. La puerta que hay al fin de ese corredor es la de mi despacho. (Llevádole á la derecha, primer término, y señalando hácia dentro.) Tome usted esta llave. (Dándole una que saca del bolsillo.) Abra usted el cajon de la mesa. En el fondo encontrará usted un legajo de papeles cerrado con lacre y sello...
FERNANDO. Basta. ¿Será que estoy soñando? (Váse por la derecha.)

ESCENA IX.

GARCIA y PEÑALVER.

GARCIA. ¡Terrible es algunas veces el deber! Cumplí al fin con el mio. Suceda lo que quiera. ¡Qué peso me he quitado de encima!
PEÑALVER. ¿No ha venido aun el señor Vidal? (Sacando de la petaca un cigarro.)
GARCIA. Está en mi despacho. Muy luego vendrá aquí.
PEÑALVER. ¿Y qué hace en tu despacho? (Sentándose.)
GARCIA. Leer una carta y apuntes relativos á su persona en cierta manera.
PEÑALVER. ¿Qué carta, qué apuntes son esos? (Tomando de encima de la mesa una caja de roble tallado y sacando de ella un fóforo que enciende.)
GARCIA. Una carta y unos apuntes que le harán saber cómo hubo un hombre que engañando á su padre ocasionó su ruina y su muerte.
PEÑALVER. ¿Eso hiciste, viejo infeliz? (Levantándose de pronto, tirando el cigarro, y yendo frenético hácia Garcia.)
GARCIA. Porque soy un viejo infeliz, he querido antes de abandonar este mundo, rendir tributo á la verdad, á la justicia, y al que es fuente de toda justicia y de toda verdad. Usted no cree en nada: yo creo en Dios. Tan viejo y tan infeliz como soy le llevó á usted esa ventaja.

PEÑALVER. Bien está. (Dominando su cólera.) Alguna vez habia creido notar que usted abrigaba ridiculas sospechas: alguna vez habia llegado á presentir que seria usted capaz de calumniarme. ¿No me dirá usted cómo siendo persona de tanta conciencia, ha podido aceptar durante veinte años los beneficios de un hombre, á quien juzgada tan poco benévolamente?
GARCIA. Cuando entré en su casa de usted no abrigaba el menor recelo. Hasta mucho tiempo despues no hallé casualmente arreglando papeles abandonados de un estante muy antiguo, una carta del ingeniero que fué al Brasil, con objeto de reconocer la mina. Entonces, es verdad, debí alejarme de usted, pero tenia familia... era ya viejo... La vejez y la necesidad hicieron en mí naturales oficios. Hoy expio aquella vergonzosa debilidad con una de las mayores angustias que pueden atormentar el corazon humano.
PEÑALVER. Bien está. (Con calma, sentándose.) Pero supongo que usted que tanto ama la justicia, estimará justo precisar las acusaciones que me dirige, para que yo pueda contestar á ellas.
GARCIA. Lo estimo justo, si señor. En esa carta ratificábase el ingeniero en que no existia la mina de oro, añadiendo que segun señales que estimaba evidentes, con solo variar un poco la direccion de los trabajos, se hallaria una excelente mina de cobre. La carta venia dirigida al señor Vidal: el señor Vidal no tuvo de ella conocimiento, y luego se ha encontrado en poder de usted. Con esta noticia de que usted únicamente era sabedor, y bien informado de los grandes apuros en que el señor Vidal se encontraba, pidió usted y obtuvo, hiriendo su extremada delicadeza, la anulacion de la escritura social que á él y á usted los obligaba solidariamente á sufragar los inmensos gastos que se habian hecho y se estaban haciendo para la explotacion de la mina. Vidal se arruinó, como usted habia previsto: Vidal se maló: usted no lo habia previsto, sin duda. Poco tiempo despues, la mina fué de usted solo y desde entonces le está produciendo sobre ochocientos mil reales al año. Quanto acabo de decir es lo que digo

BIBLIOTECA ALFONSIANA

por escrito en los apuntes que con la carta del ingeniero existen ya en poder del hijo de aquel desventurado.

PEÑALVER. Bien está. Muchas gracias, señor García.

GARCÍA. ¿Debo irme ahora mismo ó esperar á que se haga la liquidacion de fin de mes?

PEÑALVER. Comunicaré á usted mis órdenes. (Fernando sale por donde antes se fué pálido y muy abatido. Peñalver se levanta. Miranse Fernando y García, y luego esto se vá.)

ESCENA X.

PEÑALVER y FERNANDO.

Largo rato de silencio.

PEÑALVER. Espero, señor Vidal, que usted apreciará en su justo valor el dicho de un anciano debilitado por la edad, y que me paga veinte años de bondades con una baja delacion.

FERNANDO. Tambien yo, caballero, he recibido favores de usted. La gratitud... otros sentimientos no menos eficaces, me aconsejan hablarle con cierta mesura, que ojalá sea compatible con mi deber. La conducta observada por ese anciano, con menoscabo de sus intereses, á costa de su tranquilidad, no puede ser en manera alguna sospechosa. Lo que de palabra y por escrito asegura, él lo cree de buena fé. Lo que yo creo por por mi parte, voy al punto á manifestárselo á usted, rogándole anticipadamente que me perdone, si á causa de la perturbacion que mi ánimo padece, se escapa de mis labios alguna palabra que en lo mas mínimo le pueda mortificar.

PEÑALVER. Hable usted.

FERNANDO. Un dia, en los principios de su carrera, vió usted de pronto su naciente caudal, su reputacion, todas sus esperanzas á pique de hundirse en un abismo. Que el medio de que usted se valió para evitar esta desgracia y aun para convertirla en mayor provecho, le pareciese á usted lícito ó disculpable: que no previese usted las funestas consecuencias que podia tener su conducta; lo creo, quiero creerlo.

Pero es el caso que ya no puede usted alegar ignorancia, ya sabe usted que en el fondo de aquella accion, que estimó pasadera, se ocultaba la ruina de cien familias, la deshonor y la muerte de un hombre de bien. (Muy conmovido.) ¿No le parece á usted que seria justo reparar este daño en cuanto hoy cabe en lo posible?

PEÑALVER. Tenga usted la bondad de explicarse.

FERNANDO. Tenga usted la bondad de entenderme. Lo que exijo de usted, bien lo veo, es un sacrificio heroico; pero usted no puede menos de conocer que mi súplica está en su lugar, que es deber suyo hacer que se cambien en gritos de amor y bendicion los ultrajes y anatemas durante muchos años lanzados contra la memoria de un inocente. Si, caballero, yo se lo ruego á usted: cumpla usted con generoso valor una obligacion que es sagrada, y, quizá me engañe, pero á mis ojos la expiacion será proporcionada á la culpa, y quedará usted redimido. Toda la abnegacion de que mi alma sea capaz, todos los esfuerzos de mi vida, todas mis esperanzas... todo le perteneceria á usted... á sus plantas lo pondria yo todo. Pero devuelva usted á los pobres que se ven arruinados por consecuencia de la quiebra á que usted dió lugar, los bienes que les pertenecen; devuelva usted á la memoria de mi padre la estimacion que le es debida. Para mi padre, para mí, no pido mas que honra. ¡Mi honra, caballero: la honra de mi padre!

PEÑALVER. El estado en que usted se halla le hace acreedor, con efecto, á que yo le perdone. Raciocina usted bien, pero partiendo de un supuesto que es falso, que es una calumnia. ¿Quién asegura, quién puede probar que esa carta del ingeniero no estuvo en manos de su padre de usted, y que de las suyas no pasó á las mias? La vaga noticia que en ella se le daba respecto de la mina de cobre, no podia en verdad hacer alimentar esperanzas á quien tan caramente habia pagado su confianza en otras mayores. Yo al dejar la parte que llevaba en este negocio, no sabia que el señor Vidal estuviese tan apurado. Despues se vió que la quiebra en todo caso hubiera sido inevitable. Le dí consejos; él se obstinó en desoírlos y

BIBLIOTECA ALFONSO X

en caminar cada vez mas de prisa á la perdicion: le compadeci, lloré su muerte: he manifestado á su hijo una simpatia... de que tal vez pensaba darle mayores pruebas... Mi deber está cumplido. Y al oírle á usted proponerme que en reparar las torpezas de su padre invierta los bienes que tantos afanes y vigiliass me costó adquirir, dudo si me hace usted con formalidad una proposicion tan absurda. De todos modos, la rechazo. (Con energia, pasando por delante de Fernando. Pausa, durante la cual procura este dominarse.)

FERNANDO. Usted, sin embargo, comprenderá que yo desde ahora tengo un imperioso y alto deber que cumplir, y que ningun sentimiento, por grande que sea, ha de lograr nunca ponerse entre ese deber y yo. Me retiro. Ambos necesitamos reflexionar con calma. Dentro de dos dias tendré el honor de rogar á usted que me conceda una entrevista.

PEÑALVER. Por concedida, señor mio; pero ya está dada mi respuesta.

FERNANDO. Quizá todavia no esté dada. Servidor de usted, caballero. (Saludándole.)

PEÑALVER. Beso á usted la mano. (¡Mi hija!) (Cecilia sale por la izquierda y se detiene turbada al notar la expresion de las fisonomias de su padre y Fernando, el cual se lleva la mano al corazon, haciendo un gesto de profunda amargura, saluda gravemente á Cecilia y vése por el foro.)

ESCENA XI.

PEÑALVER y CECILIA.

CECILIA. ¿Qué hay, papá? ¿Qué ha pasado? (Con temor y ansiedad acercándose á su padre.)

PEÑALVER. Ánimo, hija mia. (Cogiéndole una mano.) Ármate de firmeza. Nuestro plan se ha deshecho.

CECILIA. ¿Si? (Muy sobrecogida y horando.)

PEÑALVER. Ese caballero y yo somos ahora enemigos, enemigos mortales.

CECILIA. ¡Virgen santísima! (Con mayor afliccion.)

PEÑALVER. Vamos, hijita, vamos: tengamos juicio. ¿Quieres á tu padre?

CECILIA. ¡Oh, si: mucho!

PEÑALVER. Pues si me quieres, no aumentes con tu afliccion la mia: nada de lágrimas, ni congojas, ni... (Con desabrimiento.) Vete: déjame solo.

CECILIA. ¡Ay, Dios mio: parece que se me acaba la vida! (Váse por la izquierda.)

ESCENA XII.

PEÑALVER.

¡Pobre muchacha! ¡El tal Garcia! Nada tengo que temer, pero un escándalo es siempre enojoso. Veremos de hacer entrar en razon á ese caballero. No me conozco... Estoy como fuera de mí. Calma... La eleccion dentro de dos dias. Esto es lo que importa. Oh, por ellos sentiria que me hiciesen perder los estribos.

ESCENA XIII.

PEÑALVER y ENRIQUETA.

PEÑALVER. ¿Has visto á Cecilia?

ENRIQUETA. Si: la he visto anegada en llanto, pudiendo apenas respirar. Antes, que la casarias con Fernando: ahora, que ya no se puede casar con él. Comprendo. Alguno de tus tramas... Alguno de tus negocios... ¿Le ha tocado hoy á tu hija ser víctima?... ¿Qué remedio? De antiguo sé que en tus hijos y en mí y en todo el mundo, no ves sino instrumentos para tus negocios ó tus placeres. ¿Estorban? Pues se rompen. ¿Y qué?

PEÑALVER. ¿Enriqueta! ¿Has perdido el juicio? Buena ocasion eliges para irritarme.

ENRIQUETA. Pase que hagas padecer á tu hija. Que la denigres, que la envilezcas... ¿Eso no!

PEÑALVER. ¡Yo envilecerla! ¿Qué me quieres decir?

ENRIQUETA. Que ya no ignoro quién es la persona que ha de habitar el cuarto segundo de esta casa. Y espero convencerte de que esa persona, de que la marquesa de Rio Janeiro no puede vivir aquí, ¡al lado de tus hijos!

PEÑALVER. ¡Otra vez! ¿No te he dicho ya que te engañas? Pero

BIBLIOTECA ALFONSIANA

bien se vé que tienes empeño en dar crédito á infundadas hablillas.

ENRIQUETA. Fundadas ó no, las hablillas corren por todas partes; y con esto solo, ni siquiera debería habérsete ocurrido la infame idea de reunir bajo un mismo techo á tu manceba y á tu hija.

PEÑALVER. ¡Enriqueta! (Con rabia.)

ENRIQUETA. Oh, no pienses que me vas á meter miedo. Para defenderme á mí propia no tuve nunca fuerzas. ¡Hoy desfiendo á mi hija! Y una madre que defiende la dignidad, la honra de su hija, no se asusta de nada. Créelo: una mujer es muy cobarde, pero una madre es muy valiente.

PEÑALVER. Bien hicieras en recordar que yo no acostumbro á permitir que nadie me dé lecciones, ni á ceder á caprichos de nadie. En mi casa mando yo solo: yo soy el amo aquí: un amo libre de toda obligacion para con los demas, y tú no sé cómo lo olvidas.

ENRIQUETA. Ah, te comprendo. Mis derechos aquí son iguales á los de esa mujer. Si: no lo niego. Ni lágrimas, ni dolores bastan á reparar una falta como la mia, aunque algo tenga de involuntaria: estamos conformes. Tú dirás si hubo en mi resignacion bastante para soportar los ultrajes y humillaciones á que me vi siempre condenada. Tampoco ahora me quejo. No hablo por mí. Pero tan dócil y tan miserable como fui en lo que á mí sola me tocaba, seré en lo que á mi hija se refiera, tenaz, rebelde, dura, inflexible. ¡No sufriré que atentes á la pureza de mi hija! ¡Mientras yo viva, mientras yo esté aquí, por lo menos, no ha de entrar aquí esa mujer!

PEÑALVER. No hay mas: te has vuelto loca. ¿Quién puede impedirlo?

ENRIQUETA. ¿Quién? Yo, publicando mi desdicha, confesando á los hijos la infamia de la madre, y haciéndolos jueces de mi conducta... y de la tuya. Elijan ellos entre los dos. ¿Quieres? Pues llámalos. (Peñalver la mira, dá algunos pasos precipitamente hácia el foro como para llamar, y luego se detiene y vuelve al lado de Enriqueta.)

PEÑALVER. ¿Pero sabe usted lo que pide? ¿Sabe usted lo que intenta hacer? Será preciso que yo me ocupe en traerla á usted á la razon. (Sonriendo sarcásticamente.)

Mis designios, una vez formados, sin tardanza se han de cumplir. Lo que de esto puede originarse es una separacion inmediata, una separacion eterna: ¿lo sabe usted?

ENRIQUETA. Lo sé: estoy resuelta. Mi paciencia ya se agotó. Suceda lo que quiera, yo no estoy una hora mas en esta casa.

PEÑALVER. Enhorabuena: consiento en que se vaya usted: no lo consiento: lo mando y lo exijo. Pero aun quiero protegerla á usted contra sí misma. ¿Á qué dar un escándalo? ¿No será mejor que se evite usted y evite á sus hijos la pena cruel que á usted y á ellos habria de ocasionarles esa revelacion? ¿No bastará decirles que por motivo secreto hemos decidido vivir separados?

ENRIQUETA. Como usted quiera. (Con abatimiento.)

PEÑALVER. Por lo demás ofrezco á usted que nuestros hijos podrán elegir entre los dos con toda libertad.

ENRIQUETA. Gracias.

PEÑALVER. ¿Está usted resuelta? No lo preguntaré mas que una vez.

ENRIQUETA. Ya dije antes que sí. Ni una vez habia necesidad de preguntarlo.

PEÑALVER. Á los señoritos, que vengan. (Asomándose á la puerta del foro.)

ENRIQUETA. ¡Hijos desventurados!

PEÑALVER. ¿Y cómo vá usted á vivir? ¿Ha pensado usted en esto?

ENRIQUETA. De usted no quiero nada. Con lo que me dejó mi padre, bondadoso conmigo hasta su última hora... ¡Ay qué bondad tan mal pagada! (Llorando.) Con eso, aunque es muy poco, me bastará y deberá bastar á mis hijos. Los condeno á la pobreza, pero creo que por el amor que me tienen, la aceptarán gustosos al lado de su madre.

PEÑALVER. Si... créalo usted. (Con tétrica ironía.)

ENRIQUETA. Lo creo en fuerza de que los estimo. Usted lo duda, porque no sabiendo ya qué despreciar desprecia, á sus hijos. ¡Este hombre desprecia á sus hijos! (Enérgicamente con viva indignación.)

BIBLIOTECA ALFONSO X

ESCENA XIV.

DICHOS, CECILIA y RICARDO.

Salen por el foro y ambos se detienen confusos, notando la violenta emocion que agita á sus padres.

PEÑALVER. Llegad, hijos, llegad. (Con aire sombrío y acento afectado, queriendo vanamente aparentar serenidad.) Entre vuestra madre y yo se ha suscitado grave discordia... Esta discordia nos ha hecho tomar una resolucion mas grave todavia... pero forzosa... irrevocable... El motivo no se os ha de decir. Nos separamos.

CECILIA. ¿Qué! (Manifestando sorpresa y honda afliccion.)
RICARDO.

PEÑALVER. Nos separamos... para siempre. Vuestra madre vá á salir de esta casa al momento. Si quereis, idos con ella. Quedaos conmigo, si quereis. Negocio es este que cada uno de vosotros puede resolver con libertad... con absoluta libertad.

ENRIQUETA. Díselo todo. Diles que á tu lado estan las comodidades, los placeres, el lujo, la riqueza de que disfrutaron toda la vida; y que al mio solo hallarán las privaciones, el trabajo, tal vez las miseria, y por toda alegría mi amor y mi ternura. Ahora, hijos míos, resolved. (Rompiendo á llorar, no pudiendo ya dominarse. Momentos de silencio y ansiedad. Cecilia y Ricardo dan á entender con gestos y ademanes la violenta lucha de afectos que les destroza el corazon. Cecilia al fin se acerca poco á poco á su padre. Enriqueta no aparta de ella los ojos, siguiendo todos sus movimientos y prestando vivísima atencion á sus palabras.)

CECILIA. ¡Papá!... ¿Es verdad?... ¿Es posible?...

PEÑALVER. Si, hija mia: ya lo has oido. No hay remedio. (Con mucha ternura y alegre ansiedad creyendo que Cecilia vá á decidirse por él.)

CECILIA. Pues entonces... adios, papá. (Besándole la mano. En seguida corre á abrazar á su madre.)

PEÑALVER. ¡Oh! (Reprimiendo un movimiento de dolor.)

ENRIQUETA. ¡Hija de mis entrañas! (Estrechándola en sus brazos y besándola en la cabeza con frenético gozo.)

RICARDO. Yo, mamá, estoy pronto como Cecilia á irme contigo.

(Acercándose á Enriqueta.) Pero ¿quieres tú que me vaya? ¿Quieres que deje solo á papá?

ENRIQUETA. No, quédate con él... Si... quédate con él. (Rechazándole con dulzura y violentándose para contener su afliccion.) Tú, hija mia, ven conmigo. (Con vehemencia.) Salgamos de aquí. (Enriqueta y Cecilia vñse abrazadas por la izquierda.)

ESCENA XV.

PEÑALVER y RICARDO.

Peñalver se sienta dando la espalda á Ricardo. Este baja la cabeza confuso y abatido. Pausa.

PEÑALVER. ¿Por qué no se ha ido usted con su madre? (Mirándole de pronto y con mucha severidad.)

RICARDO. ¡Papá!...

PEÑALVER. ¿Por qué? Porque me quiere usted mucho, ¿verdad? Miente usted. (Levantándose. Ricardo hace un movimiento de sorpresa y de ira.) Se ha quedado usted conmigo, porque necesita dinero... porque tiene deudas... ¡Es usted un cobarde!

RICARDO. ¡Oh! (Dando un grito.) Mi padre es quien lo dice. (Reprimiéndose.) Pero hable usted... ¿Á quién... á quién quiere usted que vaya á probarle ahora mismo... sin tardanza ninguna, que ¿no soy... eso.. eso que usted ha dicho?

PEÑALVER. ¡Ah, sí! Usted seria capaz de batirse. (Dejándose llevar de la amargura y la cólera que le dominan.) ¡Vaya! ¡Pues no que no! ¿Y cree usted que ya no hay mas que hablar? ¿Que basta para poder llamarse hombre de corazon, hombre de honor, saber usar hábilmente de una pistola ó de una espada, y arriesgar, en caso de necesidad, una vida inútil? ¡Y en teniendo este mérito, claro está, ningun otro mérito hace falta! Si luego, dejándose llevar de ociosidad impúdica y de precoz depravacion, arrastra uno de garito en garito su juventud embrutecida ¿qué importa? ¡Uno es hombre de honor, y ay del que se atreva á ponerlo en duda! ¡Pues yo me atrevo! ¡Si señor! ¡Yo me atrevo á decirle á usted que quien así procede es un

BIBLIOTECA ALFONSIANA

RICARDO. infame sin vergüenza! (Yendo á sentarse á la izquierda.) Si: tiene usted razon. Fielmente me retrata ese infame que usted acaba de pintar. Lo conozco. Muchas veces siento rubor al considerar que no soy nada en el mundo; nada mas que un bigardo sin oficio ni beneficio, tan insolente como ridículo y pueril. Y ¿qué quiere usted que yo le haga? ¿Á qué tarea, á qué empresa, á qué fin puedo yo consagrar mi vida, cuando desde la niñez sopló en mi alma aire gracjal de escepticismo que marchitó en ella toda ilusion, toda creencia, toda fé; cuando las palabras honor, deber, patria, religion, no se han pronunciado nunca delante de mí sino con acento de mofa y de ironia? ¿Con que si yo en nada me ocupo; si á mí nada me inspira amor ni entusiasmo; si nada puede despertar en mi alma, helada y prematuramente envejecida, ninguna de las nobles aspiraciones en que se enardece la juventud; si yo me avergüenzo de mí mismo y causo vergüenza á los demas, vamos á ver, ¿quién tiene la culpa, quién la tiene? Responda usted, padre, que yo... yo no me atrevo á responder.

PEÑALVER. Me has injuriado. No se hará esperar tu castigo. (Con acento grave y profundamente alterado. Se levanta, se acerca al bufete y escribe algunas líneas en un papel que luego coge y conserva en la mano.) Es fuerza que tambien nosotros nos separemos. Aprende qué es vivir. Yo, Ricardo, nada te debo. Entre tu madre y yo hay un secreto horrible que tú ahora vas á conocer. Eres mi hijo, pero la ley no te dá este nombre. No tienes mas derechos que los que te conceda mi voluntad. En una palabra: tu madre no es mi esposa.

RICARDO. ¡Jesus! ¡Jesus bendito! (Dando un grito horroroso y cayendo en una silla anonadado.)

PEÑALVER. Acaso ponga un día en olvido el frenesí de que te has dejado llevar, y te vuelva mi afecto, pero en mucho tiempo no has de estar á mi lado. Toma este papel. Abi te aseguro una renta con la cual podrás subsistir. Si lo estimases oportuno, gánate algo por tí mismo. Nada mas. Tómalo. (Alargando el papel á Ricardo, que lo recibe sin mirarlo.) Vete. (Sentándose y volviendo la cabeza á otro lado. Ricardo se levanta

poco á poco y mira á su padre.)

RICARDO. Adios, padre mio. (Rompiendo el billete, cuyos pedazos deja caer al suelo. Dirigese hácia el foro.)

PEÑALVER. Desdichado, ¿qué haces? ¿Y qué será de tí? ¿Adónde vas?

RICARDO. Voy á dar un abrazo á mi madre: luego á pelear en África por mi patria y mi Dios. (Con mucho fuego y energia. Váse precipitadamente por el foro.)

ESCENA XVI.

PEÑALVER.

Permanece algunos instantes en silencio, como vencido por la emocion, con la cabeza inclinada hácia el suelo y respirando con dificultad de una manera perceptible. Luego pásase la mano por la frente, pónese muy erguido y se levanta.

Bá, bá, todo ello no vale un ardite. ¿Es uno hombre ó no lo es?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA ALFONSO REYES